



# DEL LLANO

---





## DEL LLANO

---

### EL PATRULLERO

Hay gente que no quiere creerlo. La otra vez lo comenté y me dijeron que yo estaba mamando gallo, cuando dije lo del Patrullero de ahí de Elorza. Yo lo vi. Cuarenta y cinco metros de largo conté yo a pepa de ojo. Veníamos una noche de Puerto Infante, en la lancha, con los soldados. ¿Quién ha visto piedra en el Arauca? ¿Tú has visto piedra en el Arauca? No hay piedras, y parecía una piedra. Es más, la propela tocó el lomo del caimán y se dobló. Eso no me lo cree a mí nadie, pero bueno, qué culpa tengo. Yo vi al Patrullero por aquí, entre Puerto Infante y Elorza, era como la medianoche. Hay gente que cree que es una isla, es un caimán que tiene una palmera en el lomo.

### VARINÁ

*Barineando soy feliz en días de Semana Santa en diciembre y en verano y en las ferias y exposición de la Virgen del Pilar. Bella canción esa de Barinas. Pero vamos a refrescarnos de la historia de dónde viene este nombre. Los indios variná, con la v de Venezuela. Eran tribus indígenas que habitaban este pie de monte. Vivían de la agricultura, la caza, de la pesca; tribus pacíficas. Se han conseguido petroglifos*

por aquí en Bum Bum. El viejo Ruiz Guevara, amigo de muchos años e historiador de esta tierra, consiguió los petroglifos de Bum Bum; restos y rastros. Unas calzadas muy antiguas hay por aquí, calzadas precolombinas, la calzada Páez. Claro, porque los variná tenían mucha influencia de los timoto cuicas es decir, de los indígenas de allá de las montañas. Vivían en comunidades, caminaban por todas estas sabanas del pie de monte y llegaban hasta los pueblos de las montañas de Los Andes. Hasta que llegó aquello que a nosotros nos han presentado como el Descubrimiento, una de las farsas más grandes de nuestra historia, de las mentiras más grandes que nos vendieron. La verdad es que nos invadieron, nos atropellaron, nos aniquilaron, masacraron a los variná, a los timoto cuicas, a los indios caracas, a los goajiros.

Han pasado 500 años, por eso la memoria histórica de nuestro pueblo para poder comprender. No es éste nuestro idioma original. Lamentablemente no he tenido tiempo de aprender algún idioma indígena, de los tantos que tenemos, una deuda que tengo. Lo único que me aprendí hace varios años cuando el espíritu de la infantería, cantábamos “La reina de las batallas”. Entonces, me aprendí aquello que dice: *Anakarinarote aunnukon itotopaparoto mantoro*, grito de guerra de los indios caribe. Yo soy variná y también soy un poco quiba y yaruro de ahí de los aborígenes de Apure, del Arauca.

Aquellos varinás fueron obligados a dejar la tierra, la siembra y la familia. Se armaron para luchar contra el invasor español. Claro que la desventaja era muy grande, la diferencia de tecnología. Esas tropas españolas vinieron armadas hasta los dientes, y los aborígenes las enfrentaron con las uñas, con flecha y arcos, con lanzas. Pero defendieron su dignidad y muchos, la mayoría, prefirieron morir como Guaicaipuro. Le dijo al pelotón español que lo rodeó, le mató la mujer, las hijas; salió el cacique Guaicaipuro y enfrentó el pelotón español, y les dijo: “Vengan españoles, vengan para que vean cómo muere el último hombre libre de esta tierra”.

## LA FIESTA DE ELORZA

Voy a contar cómo conocí a Reina Lucero. Mis amigos de Elorza consideraron que yo podía ser el presidente de la junta de las fiestas patronales, que son las más tradicionales de Venezuela, las más tradicionales del llano. Recuerdo al padre Gonzalo que era miembro de la junta de fiesta, a Joel García, a tanta gente que colaboró: Emma Guerrero, Elvira Bracho, Carlos Becerra. Decidimos traer un buen plantel de cantores venezolanos para rescatar al máximo las fiestas que habían perdido un poco y se habían comercializado mucho.

Y la noche de gala cantó Eneas Perdomo, Reina Lucero, Luis Lozada. ¿Dónde está Luis Lozada? Lo tiene Dios, por allá, cantándole, alegrando las sabanas del cielo. ¡Cómo recuerdo a Luis!, “El Cubiro”, cuánto grito y cuánta alegría. Ahí también conocí a Luis Silva. Recuerdo que vino también Denis del Río, también aquel muchacho de Maracay, que era sargento de la Fuerza Aérea. Bueno, un plantel de cantores, Cristóbal Jiménez también vino. Diez bolívares costaba aquello, una fiesta popular, casi gratis. Era 19 de marzo. Ya yo andaba en conflicto con el gobernador. En aquel tiempo era un caballero adeco, de la patota de Jaime Lusinchi; no voy a nombrarlo, porque no vale la pena en un día tan hermoso como este de San José. Aquella gente no quiso colaborar con las fiestas patronales. Tuvimos un conflicto hasta personal, el gobernador y yo, que era mayor, una discusión muy dura en San Fernando de Apure. Querían imponerse, como siempre: “Vamos a apoyar las fiestas, pero yo tengo unos amigos, usted sabe, mayor...”. Le dije: “Yo no acepto condiciones; gobernador, guárdese su cheque”, y me vine. Me pasó un informe que era una falta de respeto y tal.

Así que dije, bueno, vamos a trabajar aquí con la junta. Nos fuimos por las sabanas a recoger vacas flacas. Yo le decía a los ganaderos: “Mire, déme la vaca más flaca que tenga”, una vaca

flaca, cuatro pellejos, y la gente colaboró, muchos ganaderos, gente humilde. Al Consejo Municipal le solicité que nos diera la chalana. Con los muchachos del liceo cobrábamos ahí dos días a la semana la chalana. En ese tiempo no había puente sobre el Arauca. Hacíamos rifas, templetos en las esquinas, aquí mismo en la casa –al frente– vendíamos cervezas, carne, de todo tipo de cosas, rifábamos cochinos, peleas de gallo, hacíamos de todo y recogimos algún dinerito. Recuerdo, Reina, que te pagué catorce mil bolívares en el aeropuerto. Se me había olvidado pagarle, se iba a ir Reina y yo no le iba a pagar. Cantó aquí como tres días, imagínate tú, un precio muy especial. Yo había coordinado con mi jefe, que era el general Rodríguez Ochoa, comandante de la División. Él nos ayudó mucho, vinieron los paracaidistas y saltaron aquí. Trajimos un equipo, vino Pompeyo Davalillo a jugar softbol aquí en Elorza; el equipo nuestro contra un equipo de la Unellez, de Barinas.

Pero me llaman en la mañana que el avión del ejército, que venía de San Juan de los Morros, estaba dañado. En ese avión tenían que traerme a Reina y al arpista Guillermo Hernández, del conjunto de Reina. Me dicen a las ocho o nueve de la mañana que no viene Reina. Dios mío, ¿qué hago yo? ¿Saben lo que hice? Le quité la avioneta al gobernador, ja, ja. Estábamos en plena misa y me le acerco a uno de los ayudantes del gobernador, que era amigo mío. “Mira, yo no voy a hablar con el gobernador”, porque no nos hablábamos pues. Estaba sentado en la misa el gobernador. Y yo le digo: “Mira, vale, convéncelo de que nos preste el avión, no le digas que es para mí, dile que es para buscar una medicina de urgencia a Mantecal, de un muchacho que está enfermo. Méntanle una coba al gobernador”. Vienen estos amigos, le meten la coba y me monto yo en la avioneta con el piloto que era un señor de aquí de Elorza. Me fui de la misa a San Juan de los Morros, a buscar a Reina que estaba esperando en el aeropuerto. Y Eneas Perdomo, los dos estaban esperando.

Nos agarró tormenta pasando Mantecal, pero por fin llegamos después del mediodía a San Juan de los Morros. Ahí estaba Reina y me dijo: “Bueno, será el próximo año”. “¿Próximo año?” “Mucho gusto, yo soy el mayor Chávez, Reina, vámonos, aquí está la avioneta”. Pero una sola avioneta y eran Eneas, Reina y el conjunto, no cabían. “Bueno, vámonos en el ala guindados, pero esta noche tenemos que tocar. El pueblo está muy entusiasmado. Yo creo que ustedes tenían tiempo que no venían para acá, varios años porque las fiestas se habían comercializado, habían perdido un poco su raíz folclórica, cultural, su hermosura”. Llamé a un oficial amigo en San Fernando de Apure, desde el aeropuerto de San Juan, y le digo: “Consígueme una avioneta, vale, ¿cuánto cobra una avioneta?”. Cinco mil bolívares cobraba una avioneta para ir a San Juan de los Morros. “No, no, pero tiene que venir aquí y de aquí para Elorza”; bueno, diez mil bolívares, él tenía el piloto al lado. Yo no tenía el dinero a la mano. Le digo: “Vale, dile que yo le pago eso como sea, que se venga para San Juan”. Se fue la avioneta hasta Calabozo, hicimos un trasbordo en Calabozo. Me dijo Eneas Perdomo: “Parecemos unos contrabandistas brincando de una avioneta en otra”. Y la avioneta del gobernador en la que veníamos nosotros de San Juan, se devolvió a San Juan a buscar al arpista, a Guillermo y el grupo.

Nosotros llegamos, pero en otra avioneta. Eran como las seis de la tarde. Estaba el gobernador hecho una furia en el aeropuerto y todo el Alto Mando, el general de la Guardia Nacional, el jefe de no sé dónde y nos bajamos nosotros muy orondos, muertos de las risa, yo feliz, me traje a la gente. Entonces viene el gobernador ya a él le habían contado y pasó todo el día esperando. Él tenía que irse a las dos de la tarde. Viene y me enfrenta: “Mire, mayor, ¿dónde está mi avioneta?” Yo le digo: “Viene en el aire, Gobernador, no se preocupe”. Aquel hombre echaba chispas, tuvieron que meterse unos amigos comunes y se lo llevaron por allá, le echaron

agua. Lo cierto es que nos fuimos directo a la manga de coleo y allá comenzamos la actividad.

Esa noche montamos la gran noche criolla con Reina Lucero, Eneas Perdomo, Luis Lozada y todas las personas que ya he nombrado. Vino aquel muchacho que también murió: Septuagésimo, ¡qué cantor era ese muchacho! Lamentablemente igual que a Luis Lozada, “El Cubiro”, los recuerdo a todos desde mi corazón, en este Cajón de Arauca apureño. Esa noche lleno de fortaleza, de ese amor por este pueblo, de esas raíces que uno carga, presenté a Eneas, que es el padre de todos ustedes. Ese es el pilar mayor. El general en jefe le digo yo a Eneas Perdomo. Recuerdo que improvisé una copla, voy a ver si la recuerdo: *Vibra el cajón del Arauca / y se encabrita su lomo / porque esta noche en Elorza / Nos cantará Eneas Perdomo*. Y aquella arpa bramaba, vibraba el Arauca.

## PATA EN EL SUELO

¡Cómo han atropellado a los pobres en Venezuela!, ¡cómo han atropellado a los campesinos en Venezuela! Yo estaba de Capitán por allá en el Alto Apure y un soldado de mi escuadrón llegó un día: “Mi capitán, tengo un problema, a mi padre lo hirieron, le dieron un disparo de escopeta”. Y le digo: “Pero, ¿y cómo fue eso?”. El me echó el cuento y a los dos días estaba yo con el muchacho. Me fui de civil como cualquiera, en un *jeep* civil, digámoslo así, y nos metimos de Mantecal hacia adentro, allá en el Alto Apure.

Resulta que un terrateniente que tiene miles de hectáreas, pero miles, veinte, treinta mil hectáreas, había decidido sacar a los campesinos que allí habían nacido, los “pisatarios” que allí tenían hasta cementerios, donde habían enterrado a sus abuelos, a sus

viejos, unas comunidades de campesinos en el Apure. Pero este caballero decía que esas tierras eran de él, que esos ríos eran de él, que esos árboles eran de él y que esa gente tenía que salir de ahí; la Edad Media, pues, los señores feudales. Había contratado a un grupo de terroristas que andaban de noche, enmascarados con escopetas y rifles. Le mataban los cochinos al papá de este muchacho soldado y por eso fue que lo hirieron, porque él salió a defender sus cochinos. Aquello le costó toda su vida, le mataron más de treinta cochinos, le tumbaron el topochal con un tractor, le llevaron medio rancho; ellos dentro y le tumbaron el rancho. Los niños iban a la escuela a pie, a cinco kilómetros, y en el camino salían los tipos enmascarados a asustarlos y dándoles con palos a los niños.

En aquel entonces investigamos aquello. Claro, yo no tenía más poder que el de investigar. Tampoco eran mis atribuciones, porque no eran las de un capitán, pero yo me metía en esas cosas, ¿no? Tomé fotos y envié el informe al comando superior en el área militar. Pero me quedé esperando toda la vida que llegara alguna solución. Nunca llegó. ¿Por qué?, porque este caballero, dueño de esas tierras, era muy amigo del gobernador de Apure de entonces, que había sido impuesto por el presidente de entonces, aquel caballero que se llama Jaime Lusinchí. Toda una mafia, y los jueces de Apure, todos de la misma patota.

Entonces, al pobre campesino le meten un tiro, le matan los cochinos, le tumban el rancho, a veces le violan la hija, le golpean al muchacho y él tiene que morir callado. Ahí es cuando ocurren las cosas que han pasado en el mundo, porque la gente tiene dignidad. De repente, se obstina el campesino, agarra un machete y puede pasar cualquier cosa. Ahí es cuando ocurren los problemas, por el abuso del poder. Así que yo comprometido estoy, porque vengo de allí, yo nací pata en el suelo y con orgullo lo digo: soy campesino, pata en el suelo.



## ¡AGARRA TU NEOLIBERALISMO!

Les voy a contar lo que le hicieron a un amigo mío, de allá de Sabaneta, productor de maíz, que me echó el cuento cuando yo era capitán en Elorza. Allá fue a pedirme ayuda. Él pensaba que yo, capitán, podía ayudarlo. Yo pasé la novedad a mi comando superior, pero no: “Ese no es asunto suyo, capitán. Métase en problemas militares”. Pero aquel hombre se puso a llorar. Fue a visitarme un día a mi Escuadrón de Caballería Farfán, en Elorza. Amigo de la infancia éramos.

Él tenía su tractorcito por todo el esfuerzo de una vida, un tractorcito viejo, pero estaba bueno, una rastrica, tenía una tierrita que había comprado, una casita rural y una familia: una mujer y cuatro o cinco muchachos. Pidió un crédito para sembrar cuarenta o cincuenta hectáreas de maíz. Logró el crédito poniendo como garantía la tierra, la casita; le pidieron de todo, pues, las garantías. Recogió una excelente cosecha de maíz, porque las tierras esas son muy buenas. Esas riberas entre el Boconó y el Masparro, son de las mejores tierras de toda Suramérica para la agricultura. Entonces, viene mi amigo, consigue unos camiones, los alquila, claro todo esto es endeudándose. Mira fulanito, tú tienes el camión. Bueno, alquilámelo pero yo te pago después que me paguen el maíz, y hacen un acuerdo de caballeros, y al banco. Claro, él va a pagar, él no tiene capital, su capital son sus brazos y su pequeño pedazo de tierra, su trabajo, su dignidad y su palabra.

Aquel hombre se llevó, creo, que tres o cuatro camiones de maíz a los silos de La Veguita. Aquello estaba administrado por sectores privados de grandes empresas, apoyados por corruptos del Gobierno de entonces. Le dicen: “Está bien, pare los camiones de maíz ahí”. Pasa un día, porque el maíz hay que pesarlo y aplicarle unos métodos científicos para medir su humedad, su

calidad. Y el hombre todos los días ahí, pegado en la reja. Él veía que salían y entraban camiones, y aquel hombre honesto y humilde esperando su turno. Pasó un bojote de días, cuando van a pesarle el maíz, cuando les dio la gana a los empresarios y a los corruptos del gobierno que allí se combinaron durante años en unos silos que son de la nación, hechos con dineros de la nación, es decir, del pueblo.

Entonces, le dijeron: “No chico, ese maíz está muy húmedo ya, a ese maíz hay que descontarle la mitad, te vamos a pagar la mitad”. ¿Qué provoca? Por eso es que yo les digo a los venezolanos, que esta fuerza no es mía, yo estaba tranquilo de capitán, con mis 120 soldados. Pero oyendo a este hombre y recordando la infancia de los dos, que éramos amiguísimos, vendíamos frutas, íbamos a pescar juntos, estudiábamos juntos en los cuadernitos, éramos como hermanos de la vida. Y cuando veo a aquel hombre, con su mujer y sus muchachos, allá en Elorza una madrugada, echándome el cuento en la ribera del Arauca, pues me puse a llorar con él.

Fue así como poco a poco, de tanto llorar y de tanto oír sufrimiento, pues yo miraba mi fusil lleno de impotencia. Fue así como ocurrió lo que aquí ocurrió y esa fuerza por tanto no es mía, es de ustedes que me la transmitieron un día, y que Dios ha permitido que se conserve aquí como una gran batería, un gran acumulador de dolor, pero de amor y de fuerza. En eso es lo que me han convertido ustedes, un acumulador, una batería y ustedes son los que me dan fuerza a mí y Dios, primero Dios.

Aquel hombre quedó endeudado, aquello no le alcanzaba ni para pagarle al banco, ni los camiones, ni el abono, ni nada. El banco le quitó la casa, perdió el tractor y quedó en la calle. Le quitaron la tierra porque ya venía arrastrando deudas. Eso fue como cuando el torero le da la última estocada, ¡ras! Agarra tu neoliberalismo, pues.

## NO SON LOS TIEMPOS DE DOÑA BÁRBARA

Yo en Apure enfrentaba a mucha gente de esas que tienen grandes extensiones de tierra. En una ocasión, un dueño de tierras quería impedir que los soldados míos pasaran por esas tierras. Entonces, trancaron el camino. Yo hice lo que tenía que hacer. Me llega un cabo y me dice: “Mire, mi capitán, que no podemos pasar porque hay un candado trancando el paso”. Agarré por radio y dije: “Soldado, métale un tiro de fusil a ese candado”. Estaba trancando el camino real, hermanos, además son las Fuerzas Armadas patrullando la frontera. Me decía el señor que me iba a enjuiciar. “Enjuícieme, pero usted está abusando de su poder, porque usted no es dueño”.

Fíjate tú, una vez conseguí a unos campesinos, unos pescadores, me llegaron allá al comando, porque mi comando era también un sitio de llegada de los indios, los guajiros, los cuibas, los yaruros quejándose del abuso, de la arbitrariedad durante años. ¿Saben lo que hacían algunos dueños de terrenos? Pasaba un caño que en invierno se hace un río. En el verano tapaban el caño con máquina para secarlo, para que no se metieran los pescadores o los campesinos, que en un motorcito iban en una lanchita para recorrer todos esos campos en invierno. Tuve que mandar una máquina con unos soldados a tumbar todos esos tapones. Porque ellos entonces decían: “Esta tierra es mía, y el agua que pasa por aquí también es mía”. Yo le dije: “Usted está equivocado, señor, usted no sabe, esto no es Doña Bárbara, ni el tiempo aquel de la Edad Media”.

## ELORZA, COMO LA INDIA

Recuerdo en Elorza, cuando era comandante del Escuadrón Farfán, que para conseguir una vaca allá había que prácticamente rogarle a los ganaderos, a los productores. Nadie quería matar una vaca para

vendérsela al pueblo. No era regalada, no andábamos pidiendo nada. Ellos sacaban cuenta y ganaban más dinero con esa ganadería extensiva que no invierte casi nada, porque es montar el ganado en unos camiones y venderlo en Maracay o en el centro del país, en Barquisimeto. Lo venden mucho más caro porque le inflan los costos. Entonces, el pueblo de Elorza no comía carne de res. Me dijo una vez un coronel que fue para allá, a unas maniobras. Era jefe de Estado Mayor de una brigada y me dijo: “Chávez, esto es como la India, le pasan las vacas a uno así, pero nadie puede comerlas”. Comiendo babo y chigüire, cuando había oportunidad. Es el capitalismo, se está pensando en la máxima ganancia y no le importa a este o a aquel que la gente se alimente, que los niños coman.

### SANTOS LUZARDO

Fíjate que acabo de conseguirme a uno de mis ahijados: Santos Luzardo se llama. Imagínate tú qué nombre. Es un indígena cuiba, de las costas del Capanaparo y de todas estas tierras. Yo nunca lo bauticé en una iglesia, pero es mi ahijado. Luis Jicuture, quería que yo fuera su padrino. Conocí a Santos Luzardo en las riberas del Capanaparo, allá en Carabalí, barranco yopaleño, en 1986. Recuerdo que me lo llevé con mis soldados y los amigos que andaban en un bongo, navegando el Capanaparo. Desde entonces es mi ahijado del corazón, como uno tiene tantos. Más nunca había visto a Santos Luzardo desde 1986. ¿Cuántos años?, catorce años. Nunca he olvidado a ese muchachito cuiba. Tanto, y yo no sabía que iba a verlo hoy. No sabía y me lo consigo apenas llegando aquí.

Y anoche, en uno de esos ratos que le robo al huracán –a veces uno le roba al huracán–, invité a mi hijo Hugo a cenar, y fuimos a un restaurante chino en Caracas. Los dos, sin escolta, sin parafernalia, y nos sentamos a hablar. Y anoche lo recordamos durante dos horas

de conversación de amigo a amigo, de padre a hijo, oyéndole sus angustias, sus dudas, y yo tratando de ser padre y de ser amigo en medio de este huracán. Yo le recordaba a Hugo su vida, desde que nació, y, por supuesto, el tiempo que estuvimos aquí en Elorza, con su madre, con Rosa y María.

Entonces, él recordó a Santos Luzardo. Porque él se hizo amigo de Santos Luzardo, son de la misma edad. Hugo tenía una bicicleta vieja que alguna vez le compré por allá por el IPSFA, seguramente a precios módicos, a crédito, y él se la trajo. Pero ese año le compré otra, muy modesta pero nueva, así que él tenía la vieja por allá en un cuarto. Aquí mismo, estamos a media cuadra del sitio donde nosotros vivimos tres años, compartiendo las raíces de este pueblo tan querido. Y un día llegó Luis con su mujer, siempre andan por ahí mis hermanos los cuibas y los yaruros, y con ellos tenemos un compromiso vital, también existencial, de devolverles la vida, la dignidad. Lo hicimos un poco, hasta donde podíamos, en aquellos años que aquí estuvimos. Recuerdo que Huguito le mandó la bicicleta a Santos Luzardo de regalo. Esa bicicleta debe estar por allá en alguna ribera del Capanaparo. He visto de nuevo a Santos Luzardo, le doy la bendición. Tuvo un problema en un ojo, y ahí está mi compadre Luis Jicuture. Me cuenta que Santos Luzardo estaba lanzando flechas y alguna flecha que lanzó otro niño le dio en el ojo; ha perdido la vista de un ojo. Tenemos que llevarnos a ese muchacho, vamos a hacerle un estudio en el ojito a Santos Luzardo y a todos los niños que haya que atenderlos.

## EL CUBIRO

Veinticuatro de septiembre, día de Nuestra Señora de Las Mercedes Felicitaciones y un beso a todas las Mercedes y a las Merceditas que andan bregando, luchando y llenas de optimismo por el fu-

turo de Venezuela. Hay una canción de Luis Lozada. Bueno, no creo que la letra sea de Luis Lozada, pero sí la cantó, la grabó y la sigue cantando, porque “El Cubiro” se nos fue en mal momento, en mala hora, hace dos años atrás; una de las voces más recias que ha parido el llano venezolano.

Luis Lozada nació en el Rial, allá en Barinas, al sur, muy cerca de Santa Inés, la tierra de Zamora. Esa es la franja que va hasta el Apure, al sureste de Barinas, siguiendo por el curso del río Santo Domingo. Uno va y consigue por ahí a Santa Inés, donde fue la gran batalla en la que Ezequiel Zamora, al frente de la revolución, derrotó a las tropas de la oligarquía en diciembre de 1859. Muy cerca de allí nació, en la segunda década de este siglo, nuestro gran amigo, un hombre humilde, un revolucionario. Yo era niño y ya se oía por todas las sabanas de Barinas, de Apure, de Guárico, de Portuguesa, de Cojedes, pero especialmente vibraba en las sabanas de Barinas el grito de “Eyyy, Eyyy”, y arrancaba “El Cubiro”.

¿Tú conoces al cubiro? Tienes que agarrar sabana adentro. El cubiro es un pájaro que canta. Mi abuela Rosa Inés tenía muchos cubiros. “Agárreme el cubirito”, decía. Unos pájaros amarillos, colorados, un color muy vivo y vuelan muy alegres. Desde niño Luis Lozada comenzó a cantar. Tenía un grito característico, un grito que arrancaba la emoción en todos aquellos lugares que lo vieron pasar durante más de cuarenta años, componiendo canciones, recogiendo de las sabanas, de la esperanza, recogiendo de los hombres, de las mujeres, de los niños, de toda esa pasión por lo nuestro y lanzándola con un amor gigantesco, una fuerza extraordinaria.

Cuarenta años pasó “El Cubiro” recogiendo de los esteros, de las lagunas, de los palmares, de los garceros, de los palmaritales, de la sabana inundada por el invierno, de la sabana reseca por el sol del verano, en las riberas de los ríos, desde San Fernando hasta Guasualito, desde Guachara a El Cajón, como dice el verso, desde

Barinas hasta El Baúl. Recorriendo y recogiendo el sentimiento de la sabana y expresándola en canto, expresándola en poemas, expresándola en versos.

Yo tuve la dicha de conocer a “El Cubiro” cuando fui presidente de las fiestas patronales de Elorza. ¿Ustedes saben cuánto cantó sin parar? Hora y media. Se tiró una cadena y recuerdo que terminaba una, volteaba y le decía al arpista: “¡Arpa, compadre!”. Aquel hombre estaba como poseído, muy emocionado y no paraba, ¡dos horas tocando! A Cristóbal, que era la estrella, lo pusimos de último del programa, y entonces se puso bravo: “¡Bueno, mayor!, ¿usted cree que yo soy un gallo para cantar al amanecer?”. Estaba saliendo el sol, pero cantó como tres canciones.

Pasó “El Cubiro” ocho días cantando en las esquinas del pueblo. Lo poco que le pagábamos por sus honorarios profesionales lo gastó en el pueblo jugando gallo, jugando bolas criollas. Le regalaron un gallo y se vino con su gallo pidiendo cola desde Elorza hasta Mantecal, yendo hacia Barinas. Bueno, yo estaba recordando a Luis Lozada, porque él tiene una canción muy vieja que grabó hace muchos años, llamada “Mercedes”.

*Mercedes*  
*qué te me hiciste,*  
*qué te me hiciste.*  
*Mercedes,*  
*qué te me has hecho*  
*quiero sembrar nuevamente,*  
*oye Mercedes,*  
*una inspiración*  
*en tu pecho.*

Eso es para todas las Mercedes.

## ENEAS PERDOMO

El compositor que más conozco, le conozco el alma y quiero verlo pronto. Yo quiero verte viejo, sé que me estás oyendo. Tú te pegas allá en San Juan de Los Morros, allá con Atamaica, una taza de café. Te imagino en un chinchorro, ahí bajo el sol de la sabana que te parió. Me refiero a Eneas Perdomo. Eneas nació en El Yagual, a orillas del río Arauca, yo no sé hace cuántos años. Yo era niño y oía ya esas canciones. Eneas es compositor, cantautor, coplero, improvisador y un auténtico hombre parido por la sabana.

Desde niño lo relaciono con Florentino, el de Florentino y el Diablo. Yo creo que Eneas Perdomo le gana al Diablo cantando. Es como Magallanes a La Guaira, nueve arepas al Diablo. Ustedes tienen que verlo cantando y oírlo cantando. Canciones que él ha compuesto, bueno, extrayéndolas del estero, extrayéndolas de las garzas, de los ríos, de las riberas del Arauca, del Apure:

*Pescador del río Apure  
pescador del río Apure  
con tu alma sincera y buena  
que te acuestas en la playa  
y te arropas con la arena.  
Tú vas como la cotúa  
tú vas como la cotúa  
siguiendo la ribazón  
con palanca y canalete  
con anzuelo y con arpón.*

Y Eneas cada vez que nos vemos por allí, por el camino, siempre me dedica una canción, porque él sabe que yo la llevo en el alma. Esa canción “Adiós, Barrancas de Arauca”:

*Adiós, barrancas de Arauca  
barrancas de Arauca  
hermosa tierra llanera  
remolino de agua clara  
ay de agua clara  
y en la sabana pradera.*

## SOMBRAS EN LA NOCHE

Estaba hablando de Guacharaca a La Rompía. Eso queda en el Cajón de Arauca. Yo conozco La Rompía, conozco todos esos llanos como dice Cristóbal Jiménez en una canción escrita por Pedro Telmo Ojeda, poeta de esos del llano. Es un poema-canción, habla de todos esos fundos, caños y esteros y por allí cerca está La Rompía, donde salen aparecidos. “La Sayona”, “La Llorona”, la “Bola’e Fuego”, todo eso sale por ahí, dicen los llaneros. Uno ha visto sombras en la noche. Yo no he visto “La Llorona”, ni “La Sayona”, ni la “Bola’e Fuego”, pero hay llaneros que dicen que vieron la “Bola’e Fuego”. Los cuentos de la sabana. Una vez me dijo un llanero: “Capitán, no pase por ahí. Ahí sale un muerto sin cabeza, fumando”. Ja, ja, ja. Yo no sé, un tipo que no tenía cabeza y andaba fumando.

## COMO PEZ EN EL AGUA

La geografía tiene mucho que ver con esto. Tú hablas de La Matica. ¿Por qué se llama eso La Matica? Mucha gente a lo mejor no sabe y se van borrando las cosas. Recuerdo por ejemplo El Yopito, cerca de Elorza saliendo hacia el sur. Uno pasa por ahí a cada rato, por el camino donde está la manga de coleo “Mi Luna”. En El Yopito hay

unos mangales grandísimos, una escuelita y un caserío. A mí me sonaba mucho El Yopito, hasta que me puse a investigar. Ya había leído un poco de las historias del comienzo del siglo XX, hasta que un día, ¡aquí está!, ahí fue la batalla de El Yopito.

Ahí fue donde en 1914 se enfrentaron las fuerzas de Gómez, comandadas por el general coriano León Jurado, contra los generales revolucionarios que invadieron desde Colombia tratando de tomar San Fernando. Allí se enfrentaron León Jurado contra Alfredo Franco, el de Tinaquillo. Por ahí cerca anduvo Pedro Pérez Delgado en las guerrillas de comienzo del siglo. Un día me llevé al Escuadrón e hicimos un juego de guerra simulando aquella batalla. Con un mapa, yo les explicaba y ya los soldados sabían, y los habitantes de El Yopito también, por qué el pueblo se llama así.

Nadie sabía, ni por qué se llama La Mata del Congrio, que quedaba más allá, y por qué la Laguna del Término. Mucha gente no sabe todavía que por ahí pasó la frontera entre Venezuela y Nueva Granada. Pasaba por la mitad del pueblo de Elorza, tocaba por la punta de arriba de La Mata del Congrio, pasaba por la punta de arriba de la laguna del Término hasta el Meta, allá abajo. Nosotros rehicimos esa línea fronteriza. ¿Sabes qué conseguimos por debajo de los montes? Conseguimos el viejo camino debajo de montes y matas, las viejas posadas. Conseguimos un día unos árboles de mango de gran grosor, árboles muy antiguos. Andábamos con un historiador apureño rehaciendo sobre el territorio hechos históricos y cosas de la geografía. Nos pusimos a limpiar aquella mata, debajo de los mangos y conseguimos la huella de lo que llamaban El Paso. Ahí paraban las caballerías durante siglos, porque era la frontera. De ahí para allá era Colombia y de ahí para acá, Venezuela. Hubo un tratado bien entrado el siglo XX y la frontera se desplazó. Pero Elorza era mitad Venezuela y mitad Colombia, allí en el Arauca.

Nadie sabía dónde quedaba el sitio de Mucuritas y cuando llegamos a aquel pequeño monumento que hicieron ahí, cubierto de monte y alguien dueño de aquello tenía trancada la entrada. No aparecía la llave. “No, que hay que ir a El Samán a buscar al dueño”, dijo alguien. “Esto no tiene dueño”, respondí. Es patrimonio nacional, el monumento donde fue la batalla de Mucuritas, donde José Antonio Páez, con sus centauros —entre ellos Farfán— derrotó a las tropas de Pablo Morillo en persona.

Y decir Apure es decir Barinas. Ustedes ven la biografía de Páez y él dice: “Nací en Curpa, provincia de Barinas”. Es que Barinas era desde los límites de Cojedes hasta más allá del más nunca, como decimos los llaneros. Abarcaba todo lo que hoy es Apure, todo lo que hoy es Barinas, todo lo que hoy es Portuguesa y parte incluso, de lo que hoy es Cojedes. La gran Provincia de Barinas, que luego se llamó Estado Zamora; la oligarquía venezolana le quitó el nombre de Zamora y lo dividió.

¿Tú sabes por qué nos llamamos Elorza? Por Andrés Elorza, de los centauros también, invencibles, indómitos de la sabana. Andrés Elorza, capitán de las tropas de Páez. ¡Oye!, ¿tú sabes por qué el río se llama Arauca?. ¡Oye!, ¿tú sabes que esto era Colombia aquí? Entonces, empieza la gente a conseguirse como pez en el agua; mientras no sabían eran como peces en el aire, boqueando, respirando artificialmente.